

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Hannah Tinti

# El buen ladrón

Traducción de Jesús Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
The Good Thief  
The Dial Press  
Nueva York, 2008

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* David Frankland

*Primera edición:* marzo 2010

© De la traducción, Jesús Zulaika, 2010  
© Hannah Tinti, 2008  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7529-4  
Depósito Legal: B. 3458-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para mis hermanas Hester y Honorah*

Si un hombre es capaz de escribir un libro mejor, predicar un sermón mejor o fabricar una ratonera mejor que su vecino, por mucho que habite en medio de los bosques el mundo acabará abriendo un camino trillado hasta su puerta.

RALPH WALDO EMERSON

## Primera parte

El hombre llegó después de las oraciones de la mañana. Se corrió la voz de que había venido alguien, y los chicos de Saint Anthony se daban codazos unos a otros para poder observar mejor la escena cuando lo vieron desenganchar el caballo y llevarlo hasta el abrevadero. La cara del hombre no se podía ver bien, porque llevaba el sombrero tan calado que el ala casi le tocaba la nariz. Ató las riendas al poste, y se quedó allí de pie, dándole palmaditas al caballo en el cuello mientras bebía. El hombre esperó, y los chicos observaron, y cuando por fin la yegua levantó la cabeza vieron cómo el hombre se inclinaba hacia delante, acariciaba el hocico del animal y lo besaba. Luego se limpió los labios con el dorso de la mano, se quitó el sombrero y echó a andar por el patio hacia el convento.

A menudo venían hombres en busca de chicos. A veces para procurarse mano de obra barata, a veces por el prurito de hacer el bien. Los hermanos de Saint Anthony ponían a los huérfanos en fila, y los hombres se paseaban de un extremo a otro de ella, inspeccionándolos. Sabíamos enseguida lo que buscaban al darnos cuenta de dónde miraban. Normalmente querían chicos de casi catorce años, los más gritones, los más fuertes. Luego sus ojos bajaban a los que gateaban apenas, a los tambaleantes niñitos de dos años, aún nuevos y no contaminados. Ello excluía a

los del medio, a los que habían perdido la grasa y los rizos de bebé pero que aún no tenían edad suficiente para poder ayudar en los trabajos. Esos niños solían ser malhumorados y poco podían ofrecer a nadie salvo piojos o algún sarampión pertinaz. Ren era uno de ellos.

No tenía recuerdos del principio de su vida, de una madre o un padre, de un hermano o una hermana. Su vida era simplemente Saint Anthony, y lo que recordaba había empezado ya «en medio de las cosas»: el olor de las sábanas hirviendo y la lejía; el sabor de la harina de avena; lo que se sentía al dejar caer un ladrillo sobre una piedra y ver cómo saltaban los añicos rojos, y al usar luego esos trozos para escribir en las paredes del convento, y al ser zurrado por hacerlo, y al tener que limpiarlo todo con un trapo mojado y frío.

Ren había llevado su nombre en el cuello de la camisa de dormir: tres letras bordadas con hilo azul oscuro, en una tela de buen lino. Lo había llevado hasta que tuvo casi dos años. Después se la quitaron para dársela a otro niño más pequeño. Ren aprendió a vigilar a Edward, luego a James, luego a Nicholas, y a arrinconarlos en el patio. Sujetaba a la criatura —que no paraba de intentar zafarse— contra el suelo y examinaba detenidamente las tres letras cada vez más desvaídas, y se preguntaba quién las habría bordado. La R y la E llevaban un punto de cruz más grueso, pero la N era más delgada, e inclinada hacia la derecha, como si la persona que la estaba bordando al final se hubiera apresurado para terminar antes. Cuando la camisa de dormir acabó muy gastada por el uso, la cortaron para hacer vendas. El hermano Joseph le dio a Ren el cuello bordado con las letras, y Ren, por la noche, lo metía con cuidado debajo de la almohada.

Ren observaba al visitante, que aguardaba en los escalones del convento. El hombre se pasaba el sombrero de una mano a otra, y dejaba marcas húmedas en el fieltro. La puerta se abrió y el hombre entró en el convento. Instantes después el hermano Joseph vino a reunir a los niños, y dijo:

—Venga, a la estatua.

La estatua de San Antonio estaba en el centro del patio. Era de mármol, y vestía el hábito de los frailes franciscanos. La tonsura era como un halo que le rodeaba la cabeza. En una mano sostenía un lirio y en la otra un pequeño infante con una corona. El infante tendía una mano en un gesto de súplica, y con la otra tocaba la mejilla al santo. Había veces —cuando el sol iba descendiendo en la tarde y las sombras hacían juegos en la piedra— en las que ese roce parecía más una bofetada. Aquel infante era Jesucristo, y su emparejamiento con San Antonio daba fe de que el santo tenía la facultad de transmitir mensajes a Dios. Cuando faltaba una hogaza de pan en la cocina, o el padre John no podía encontrar las llaves de la capilla, los niños recibían la orden de agruparse ante la estatua. *San Antonio, San Antonio, haz que encuentre lo que he perdido.*

Los católicos eran raros en esta parte de Nueva Inglaterra. Un irlandés local que había hecho una gran fortuna prensando uvas baratas para fabricar un contundente oporto, antes de morir, en un desesperado intento de ganarse el cielo, había dejado la viña a la iglesia. Y ésta designó a los hermanos de Saint Anthony para que reclamaran el terreno y levantaran el convento. Así, se vieron rodeados de protestantes, que, en el curso del primer mes de su llegada, les quemaron el granero, les contaminaron el agua del pozo y prendieron a dos hermanos después del anochecer y los enviaron de vuelta al convento embreados y emplumados.

Después de orar en busca de guía, los hermanos volvieron los ojos hacia la prensa de uvas del irlandés, que seguía intacta en el terreno. Mandaron traer cepas de Italia, y al cabo de varios intentos y fracasos lograron dar con la vid que casaba bien con el suelo pedregoso de Nueva Inglaterra. Mucho antes de que Saint Anthony llegara a ser bien conocido por sus caldos, que envejecían en barricas de madera vieja y consumían en sus misas matinales y vespertinas. El vino sin consagrar se vendía a las

tabernas locales y también a algunos terratenientes que enviaban a sus criados a recoger las botellas durante la noche para que sus vecinos no les vieran haciendo tratos con católicos.

No mucho después dejaron al primer niño. El hermano Joseph oyó lloros un día, antes de la salida del sol, y al abrir la puerta se encontró con un bebé envuelto en un vestido sucio. La segunda criatura apareció en un cubo, al lado del pozo. La tercera en un cesto, junto al excusado exterior. A las niñas se las llevaban cada varios meses las hermanas de la caridad, que atendían a los enfermos en el hospital que había a unos cuantos kilómetros del convento. Lo que era luego de ellas, nadie lo sabía, pero los niños se quedaban en Saint Anthony, y el convento no tardó en convertirse en un orfanato de facto, al que eran entregados los hijos bastardos de los habitantes de los alrededores, que de cuando en cuando seguían tratando de quemar el convento.

Para defenderse de estas tentativas incendiarias, los hermanos levantaron un alto muro de ladrillo en torno al terreno del convento, que se extendía en pendiente y descollaba como una fortaleza a lo largo del camino. En la parte inferior del portón habían abierto una puertecita batiente, y era a través de ella por donde metían a los bebés para que se hiciera cargo de ellos el convento. A Ren le contaron que también a él lo habían empujado hasta el interior del convento a través de aquella pequeña puerta, y que a la mañana siguiente lo habían encontrado en el jardín del prior todo cubierto de barro. La noche anterior había llovido, y aunque Ren no tenía recuerdo alguno de la tormenta, a menudo se preguntaba por qué lo habían dejado allí con tan mal tiempo. La conclusión a la que llegaba siempre era la misma: quienquiera que fuera quien lo había dejado, tenía una prisa extrema por librarse de él.

La puerta de entrada abría hacia dentro. Cuando Ren empujaba con un dedo desde dentro la puertecita de vaivén, sentía la resistencia del armazón de madera del otro lado. No había

manilla en el interior, ni hendidura para meter los dedos abajo y tirar de ella. La madera era pesada, gruesa y vieja: una buena pieza de roble de los bosques de más allá del orfanato, desbastada años atrás. A Ren le gustaba imaginar que le devolvían una presión desde el otro lado, que una madre volvía a meter la mano por la puertecita, una madre que se arrepentía de lo que acababa de hacer y que buscaba a tientas, moviendo desesperadamente el brazo delgado y blanco.

Al pie de la estatua de San Antonio los chicos pequeños se empujaban unos a otros, inquietos, y los mayores se aclaraban la garganta con nerviosismo. El hermano Joseph recorría la fila y les enderezaba la ropa, o se escupía la mano y les restregaba la cara, o daba con la abultada panza a los chicos que se salían un poco de la fila. Ahora se acercaba a un pequeño de seis años a quien de pronto —y a causa de la excitación— le había empezado a sangrar la nariz.

—Tápate eso rápidamente —dijo, poniéndose delante del niño para que no pudieran verle.

El padre John se acercaba con solemnidad desde el otro extremo del patio, y tras él iba el hombre que había besado a su caballo.

Era granjero. De unos cuarenta años. De hombros fuertes y dedos gruesos, callosos, y piel del color del cuero crudo a causa del sol. Tenía un brote de manchas marrones en la frente y en el dorso de las manos. Su cara no era desagradable, y llevaba el sobretodo limpio, la camisa bien planchada y blanca, y el cuello bien abrochado. Lo había vestido una mujer. Así que debía de haber una esposa. Una madre.

El hombre empezó a pasar revista. Se detuvo ante dos chicos rubios, Brom e Ichy. Eran dos gemelos ni muy mayores ni muy pequeños, y los habían dejado en el convento tres años después que a Ren. Brom tenía el cuello más ancho —unos cin-

co centímetros— que su hermano; pero Ichy tenía los pies más largos —unos cinco centímetros también—. Pero aparte de estos dos rasgos que los diferenciaban era difícil decir quién era quién cuando estaban de pie y quietos en la fila. Sólo cuando estaban en el campo trabajando, o cuando tiraban piedras contra un pino, o se lavaban la cara por la mañana se hacían evidentes las diferencias. Brom se echaba agua encima de la cabeza con la mano, y eso era todo. Ichy doblaba el pañuelo en cuatro, lo humedecía en la jofaina y procedía a lavarse cuidadosa y lentamente detrás de las orejas.

Se decía que nadie quería adoptar a Brom y a Ichy porque eran dos gemelos. Uno de ellos seguro que tendría mala suerte. A los que nacían en segundo lugar se les solía considerar portadores de mala suerte y se les ahogaba poco después de nacer. Pero, como no se sabía cuál de los dos había nacido el primero, no era posible saber de quién iba a provenir la mala suerte. Lo que tenían que hacer los dos gemelos era separarse, diferenciar su aspecto en la medida de lo posible. Ren mantenía para sí esta información. Eran sus únicos amigos, y no quería perderlos.

Allí de pie, juntos, los dos hermanos sonreían de oreja a oreja al granjero, y luego, de súbito, Brom rodeó a su hermano con los brazos y trató de levantarlo del suelo. Ya lo había hecho antes en cierta ocasión, como exhibición de fuerza ante dos caballeros de cierta edad, y la cosa había acabado de mala manera. Ren, desde el otro extremo de la fila, vio cómo Ichy, cogido por sorpresa, se puso a recitar las tablas de multiplicar, mientras no paraba de debatirse con violencia contra su hermano, hasta el punto de que una de sus botas salió disparada al aire y pasó rozando la oreja del granjero.

El padre John llevaba siempre una vara en la manga del hábito, y empezó a emplearla con los dos gemelos, mientras el hermano Joseph iba a recoger la bota de Ichy y el granjero seguía pasando revista a los chicos. Ren se puso los brazos a la espalda

y se mantuvo en posición de firmes. Y contuvo la respiración cuando el hombre se paró frente a él.

—¿Cuántos años tienes?

Ren abrió la boca para responder, pero el hombre habló por él.

—Aparentas unos doce.

Ren quería decirle que podía tener cualquier edad, que podía ser cualquier cosa que el hombre quisiera, pero en lugar de hacerlo hizo lo que los hermanos le habían enseñado y no dijo nada.

—Quiero un chico —dijo el granjero— lo bastante mayor para ayudarme en el trabajo y lo bastante pequeño para que mi mujer sienta que tiene un niño. Alguien que sea honrado y que tenga ganas de aprender. Alguien que sepa ser un hijo para nosotros. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz para que sólo Ren pudiera oírle—: ¿Crees que serás capaz de hacer eso?

El padre John se acercó a ellos.

—No, usted no quiere a este chico.

El granjero retrocedió un paso. Pareció confundido, y luego furioso por la interrupción.

—¿Por qué no?

El padre John señaló el brazo de Ren.

—Enséñaselo.

Ahora fueron los otros chicos los que se inclinaron un poco hacia delante. El cura y el granjero aguardaron de pie, quietos. Ren no se movió, como si por el mero hecho de esperar pudiera hacer que aquel instante se transformara en algo diferente. Fijó la mirada más allá del granjero, en un arce que había justo al otro lado del muro de piedra, cuyas hojas otoñales empezaban a cambiar. Pronto aquellas hojas mudarían de color, y después llegaría el viento, y aquel arce parecería algo completamente diferente. La mano del padre John desapareció en el interior de la manga de su hábito, y acto seguido la vara cayó sobre Ren, y le dejó una delgada marca roja en la piel que le escoció lo suficiente para que se aviniera a revelar su secreto.

Le faltaba una mano. El brazo izquierdo de Ren terminaba bruscamente en un retazo de piel –cosido de modo irregular, cicatrizado, en forma de V– que le tapaba el hueso. La piel aparecía blanqueada en algunos puntos; los puntos eran como las patas de un ciempiés, desplegados hacia fuera, «fossilizados».

En algún momento de su entrada en el mundo, de su llegada a través de la pequeña puerta de vaivén de Saint Anthony, Ren había perdido una mano. Se preguntaba dónde estaría ahora aquella mano. Cerró los ojos y la vio con nitidez: con la palma abierta, con los dedos ligeramente encogidos. La imaginó detrás de un cubo de basura, dentro de una caja de madera, escondida entre las hierbas de un campo. No se preguntaba por su tamaño. No tenía en cuenta que ya no casaría con su cuerpo actual. Se limitaba a mirarse la mano derecha y a pensar en que su gemela izquierda estaría en algún lugar del mundo esperando pacientemente a que él fuera a recuperarla.

El granjero trató de no reaccionar, pero Ren captó el disgusto oculto en su semblante al verlo apartarse y seguir pasando revista. Cuando el granjero eligió a un chico en el otro extremo de la fila –un tal William, pelirrojo y con la mala costumbre de comerse las uñas–, lo hizo como si la que acababa de tomar fuera la única decisión posible.

Ren vio cómo el granjero levantaba a su nuevo hijo y lo dejaba dentro del carro. El hombre le dio unos golpecitos en la cabeza a William, y luego se volvió y contó unos cuantos billetes y se los tendió al padre John, que se los guardó rápidamente en la manga del hábito. El granjero se subió al pescante de la carreta y se dispuso a partir, pero en el último momento bajó las riendas y echó una mirada a la estatua de San Antonio.

–¿Qué pasa con los que nadie quiere?

–Van a la milicia –dijo el padre John–. Al ejército.

–No es una vida fácil.

–Es la voluntad de Dios –dijo el padre John–. Nosotros no cuestionamos sus designios.

El granjero miró al cura, y luego a su nuevo hijo, que se mordía nerviosamente la piel del pulgar. Soltó el freno de la carreta.

—Yo sí —dijo, y le dio una voz al caballo y la carreta empezó a avanzar camino abajo.